

Introducción

Hacer mate es fácil, sólo se necesita un poco de yerba, calentar el agua, y colocar la bombilla (muestre cómo se prepara un mate, pero coloque la bombilla al revés)... Se ve mal. Intentaré de nuevo (vuelve a colocar la bombilla al revés). Esto tampoco está bien.

Recuerden el problema de poner al revés la bombilla del mate cuando piensen en la forma en que viven con otras personas. Jesús dijo una vez, Mateo 5:43 “Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.” Para Jesús eso es como colocar la bombilla al revés, a pesar de que a nuestra manera de entender nos parezca bien. Jesús les diría, así no eso. Mejor es lo siguiente, Mateo 5:44: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”. Ese trato a los demás, con amor a los enemigos, es como colocar la bombilla del mate correctamente.

1. Los enemigos del cristiano: la carne, el mundo y el diablo

Un sentimiento natural del hombre es tener miedo y odio al enemigo, porque puede hacerle algún daño, y por eso mismo le odia. El cristiano puede llegar a experimentar la raíz amarga del miedo y el odio también, aunque eso no esté bien. En su lugar, debe depositar su fe en Dios, y pensar así: 1 Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? 2 Cuando se juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron (Sal. 27:1-2). El cristiano no debe cobrar venganza, sino dejar el asunto en las manos de Dios, “porque el Señor es vengador” (1 Tes. 4:6). Y como dice Santiago 1:20 también: “Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios”.

Son tres los principales enemigos del hombre: su propia carne, el mundo, y el diablo. El primer enemigo es nuestra carne, porque lucha contra el Espíritu Santo que mora en nosotros, “y estos se oponen entre sí”, de manera que no pueden hacer todo el bien que quieren hacer (Gl. 5:17). Somos santos y pecadores al mismo tiempo. El segundo enemigo es el mundo y su mala influencia, sus malos deseos de venganza, odio, guerras, seducciones, etc. El tercer enemigo es el más potente, se trata del mismo diablo con sus mentiras. Él engaña al mundo entero y lo pone contra Cristo, desparramando a ese anticristo que se llama la falsa doctrina de la salvación a través de las propias obras. El anticristo también es aquel “hombre de pecado, el hijo de perdicción, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto, que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes. 2:3b-4). El enemigo, como ven, es tanto interno como externo: interno, la propia carne; externo, el mundo; y tanto interno como externo, el diablo, mediante la doctrina mentirosa de las sectas y su anticristo. Pero nuestro Redentor es mucho más grande que nuestros enemigos. Él dice: “Edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mt. 16:18b). Y en el fin de los tiempos, Apocalipsis dice que sucederá que el diablo y sus ángeles “subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos” (Ap. 20:). Oremos siempre: “Padre, hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”, a fin de que “Dios quebrante e impida todo mal consejo y voluntad perversa, y para que Él nos fortalezca y conserve firmes en su Palabra y en la fe hasta el fin (Catecismo Menor de Lutero, Padrenuestro, Tercera Petición).

2. Amor al enemigo es amor al prójimo

Pero recordemos la parábola del buen samaritano (Lc. 10:30-37). Jesús le cuenta esta parábola a un judío, porque le preguntó: “¿Y quién es mi prójimo?” (Lc. 10:29). Y Jesús le enseñó a aquel hombre que dicho prójimo eran los samaritanos. Le explicó que por más mala que sea esa persona que tiene odio contra ti, dicha persona aún sigue siendo tú prójimo, es decir, alguien que tienes al lado tuyo, y al cual Dios te llama a ayudar

y amar. El enemigo, a pesar de todo, sigue siendo tu prójimo. Judíos y samaritanos eran enemigos entre sí, a pesar de tener un antepasado común y de convivir en el mismo territorio, que es Palestina. Era tal el odio que preferían los judíos ir por otro camino más largo para no verse ni tratar con los samaritanos, por ejemplo, cuando se dirigían desde Jerusalén, al sur, hacia Nazaret, al norte. Jesús nació viendo esos problemas sociales, que mantenían dividida a la sociedad y a las familias en pequeñas parcelas, pequeños sectores que estaban separados por “muros invisibles” de odio y discriminación racial.

Si hoy miramos al territorio de Palestina, no vemos algo diferente. Todavía sigue el mismo odio y la misma separación entre árabes y judíos. ¡Qué pena que eso se repita en nuestra sociedad también! Durante muchos años en nuestra zona existió ese problema entre paraguayos criollos y nativos por un lado, y con los colonos inmigrantes por el otro. Hoy día también nuestra sociedad se ve afectada por el odio al extranjero, pero de otros países más próximos, como Brasil, Argentina, Bolivia. Nuestra historia está marcada por la guerra de la Triple Alianza, una guerra de la cual hasta hoy día el Paraguay sufre las consecuencias. En la búsqueda de una venganza, surge el rencor, al maltrato y la falta de respeto al extranjero que viene a vivir a estas tierras. ¿Qué culpa tienen los hijos y nietos y tataranietos de todo eso? Ninguna. Pero siguen cargando con el estigma, con la marca imperdonable de ser extranjero, o de ser “un blanquito”.

Y si hablamos de nuestras familias. Es la misma cosa. Día tras día surge el lamento debido a la separación y el divorcio, por la falta de amor entre esposa y esposo, entre los hijos, entre abuelos y nietos, etc. La iglesia sufre por esa falta de amor y por ese exceso de odio; por la falta de perdón, y por la cantidad sobrante de rencor y divisiones. La iglesia sufre, y Cristo sufre también, porque se han olvidado sus enseñanzas. Él nos enseñó: “43 Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. 44 Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; 45 para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos”. Hemos olvidado la letra de la canción, que dice: “Sublime gracia del Señor, que a un pecador salvó. Perdido andaba, él me halló”...

Miremos al cielo, e imploremos a Dios por perdón, perdón por el odio de nuestro perdido corazón; perdón al Dios del cielo por haber maltratado al enemigo, en vez de amarlo, así como Cristo nos amó a nosotros, dando su vida en la cruz por tus pecados. ¡Qué hiciste! ¡Qué hemos hecho! ¡Nos faltó oír la voz de Dios!

3. Amor al enemigo es amor perfecto

Jesucristo continúa diciendo: “46 Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? 47 Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? 48 Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” El domingo pasado habíamos mencionado que somos cristianos, pero no perfectos. Sin embargo, Dios te invita, te llama a imitar su perfección, su amor perfecto, a crecer en una vida de santidad cristiana. Si no, ¿qué haces de más, que inclusive un ateo no pueda hacer? Déjame decirte la diferencia entre un cristiano y un ateo. La diferencia consiste en que el cristiano ha reconocido la inmensidad del amor de Dios, esto es, de que así él te ha amado: entregó a su propio Hijo por nosotros, para sacrificarlo en pago por nuestros delitos. La diferencia entre un cristiano y una persona que no conoce a Dios, está adentro, en el corazón. El cristiano tiene un corazón que ora, que pide perdón constante a Dios, y que por eso mismo también se refugia en su gracia sanadora, en su misericordia divina y paternal. El cristiano tiene internamente un corazón justificado, reconciliado, ante Dios, y no tiene nada que temer frente al Día del Juicio final. Por eso el Salmista dice a Dios, en el Salmo 27:1: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

4. Exhortación contra la enemistad y el odio en la iglesia

Por eso, con el apóstol Pablo, y junto con todos los apóstoles y profetas de Dios, les digo: “10 Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis

perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. 11 Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas” (1 Co. 1:10-11). Es una vergüenza que en medio de la iglesia haya escándalos y división, tratándose unos a otros como enemigos, tratándose y considerándose unos a otros como dos bandos que se encuentran en oposición, cuando en verdad en Cristo Jesús somos todos hermanos, y miembros de un mismo cuerpo. La solución no es ir a otra iglesia, como si total fuera lo mismo, o para probar algo diferente. Así no ayudas a la iglesia de Cristo, tampoco te haces un bien a ti mismo. Lo único que se hace de este modo es retrasar la búsqueda conjunta de una solución, retrasas la cura a la enfermedad del odio, por no querer tomar el remedio del perdón. Si buscamos soluciones a medias, si respondes con respuestas evasivas ante los problemas, déjame decirte claro que eso no es de cristianos. Irse por la puerta trasera, dando un portazo y encima echarle la culpa a los demás para humillarlos, eso no es andar conforme al amor cristiano. De este mal proceder debes arrepentirte.

5. Amor al enemigo brota de la cruz

La solución a los problemas, la encontramos en las palabras del apóstol Pablo, cuando dice: “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Co. 1:18). Mediante la cruz Cristo anuló para siempre la enemistad entre Dios santo y nosotros hombres y mujeres pecadores. Dondequiera que veas una cruz, podrás recordar el evangelio, porque la palabra de la cruz no es otra cosa que la palabra del perdón de Dios. Y el evangelio es perdón, es buena noticia, gozo e inmensa alegría. La palabra de la cruz es la palabra de reconciliación. Como decía Cristo en la cruz a aquellos que se le burlaban y lo insultaban: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34). ¿Ya oraste por nuestros enemigos alguna vez?

Por eso, cada vez que veas la cruz de Cristo, recuerda esta palabrita: reconciliación, reconciliación, reconciliación. ¿Y qué significa esto? Ve, anda, y ponte en paz con aquel que te considera tu enemigo. Mantén siempre bien en alto la bandera blanca de la paz. Que esa bandera de la paz termine con la guerra. Quizás nuestro testimonio de amor y buen ejemplo le haga entender al enemigo la diferencia que existe entre ya ser un humano libre por la sangre de Cristo, y entre todavía ser una persona esclava de los malos deseos del pecado.

Conclusión

“Jesús amó a sus enemigos. Él le pidió a Dios que perdonara a aquellos que lo mataron... Cuando se encuentren teniendo problemas con otros, digan: ¿Estoy tratando a la gente a mi manera o los estoy tratando de la misma manera que Jesús los hubiera tratado?”¹ (es decir, con amor).

¹ Weisheit, Eldon. *The Gospel for Kids* (tra. Por Silvana Costa de Fares). 15 - 7° Domingo después de Epifanía, ciclo A.